

UN PEQUEÑO COLOFÓN HISTORIA Y PERIODISMO

José Javier RUEDA | Jefe del Área
de Nacional-Internacional-Economía de Heraldo de Aragón

Los organizadores del IV Congreso de Historia Local de Aragón me han propuesto amablemente que, dentro del debate «El bagaje de tener formación histórica en la sociedad actual», responda a un interrogante: ¿para qué le sirve a un periodista contar con conocimientos de la historia?

Para empezar se me ocurre una primera y obvia respuesta: disponer de formación histórica le resulta muy útil a un plumilla para, por ejemplo, ser invitado a un congreso de historia. Incluso conozco el caso de una persona a la que sus extensos conocimientos de la Antigüedad le han servido para ser director de un periódico centenario.

Pero, al margen de lo obvio, también se pueden ofrecer otras razones que hacen imprescindible la historia para elaborar un periódico. Cabría decir que hay miles de razones. Una, como mínimo, para cada día que un diario sale a la calle, pues no hay ninguna jornada en la que varias noticias no exijan un apoyo histórico.

Al margen de la sección donde la historia tiene un espacio natural (cultura), hay otras (local, nacional, opinión, economía) donde su luz es necesaria para abordar múltiples asuntos. Aún más, hay otra sección (internacional) donde la historia surge como una herramienta imprescindible. No hay ningún conflicto que pueda ofrecerse al lector sin un respaldo histórico que aborde las raíces y sus razones profundas.

En este sentido, el caso de Oriente Próximo es paradigmático. Algunos lectores preguntan por qué los medios de comunicación prestan tanta atención al conflicto de israelíes y palestinos. La respuesta está en los anales: aunque se trata de un insignificante territorio semidesértico enclavado en el Mediterráneo oriental, esa tierra polvorienta ha protagonizado el conflicto más virulento y prolongado del siglo xx.

El contencioso árabe-israelí ha llenado más páginas en la prensa que cualquier otro; ha originado siete guerras en cincuenta años; ha estado a punto de borrar del mapa a un país, Líbano; ha convertido en refugiado a un pueblo, el palestino; ha desatado la ofensiva terrorista internacional más dura y prolongada hasta el 11-S; ha generado una extraordinaria carrera de armamentos; ha promovido más resoluciones de la ONU y ha suscitado más negociaciones y mediaciones diplomáticas que ningún otro asunto.

Retomo, pues, la pregunta inicial y respondo. Los conocimientos históricos son imprescindibles para que en la redacción de un periódico se pueda valorar la relevancia de una noticia que un día cualquiera llegue desde Jerusalén hablando de la construcción de cientos de kilómetros de un muro de ocho metros de altura para separar a israelíes y palestinos.

Soy de los que creen esa máxima de que la historia es la madre de la sabiduría. Por eso considero muy útil que el periodista vuelva la vista atrás para buscar modelos que arrojen luz a los acontecimientos actuales. Así, me gusta citar una historia de un personaje todavía muy popular.

Poco después de estallar la Segunda Guerra Mundial, los ingleses consiguieron descifrar el código secreto que utilizaban los alemanes en sus comunicaciones. De esta forma se enteraron de que la poderosa Luftwaffe se proponía arrasar con sus bombas la ciudad británica de Coventry. A Winston Churchill se le dio un peliagudo dilema, puesto que evacuar a la población equivaldría a revelar a los nazis que tenían sus claves. El premier inglés decidió no hacerlo en nombre de los intereses bélicos y sacrificó así la vida de miles de personas. Desde entonces, coventrizar es sinónimo de destrucción total.

Esta hazaña del primer ministro del bombín y el puro está bien documentada en los libros de historia, donde también se pueden encontrar otros muchos episodios en los que los políticos han engañado a sus conciudadanos en aras de lo que ellos consideraban un fin superior.

La razón de Estado o el principio de seguridad nacional se han colocado con frecuencia por delante de la vida de las personas.

Acaso Estados Unidos sea el país que más casos de mentiras de sus gobernantes tenga acreditados, en buena parte gracias a la gran libertad de prensa de que goza su sociedad. Así, los ciudadanos norteamericanos descubrieron en 1994 que, durante los oscuros años de la Guerra Fría, la Administración los utilizó sin su consentimiento como conejillos de Indias para sus programas nucleares de investigación militar: deficientes mentales alimentados con comida radiactiva, cientos de embarazadas sometidas a radiaciones, explosiones cerca de zonas habitadas... Pero, si grandes fueron las barbaridades cometidas en nombre de la lucha contra el comunismo, mayores fueron las de Moscú, según hemos descubierto en los últimos años.

Tampoco España ha escapado a esta costumbre de engañar a los ciudadanos en estos asuntos. En la época de mayor presencia militar estadounidense en la Península, las autoridades no quisieron reconocer nunca que hubiese armas nucleares. Sin embargo, el año pasado, el ministro Matutes admitió que no es ningún secreto que hubo armas atómicas en España.

A la luz de estos antecedentes, los periodistas solemos tomar una prudente y distante actitud ante las declaraciones de los gobiernos. ¿Por qué, por ejemplo, nos deberíamos creer la existencia de armas de destrucción masiva en Irak?

Si hablamos de Irak y de historia, debemos comentar cómo el presidente Bush ha querido justificar su teoría de la guerra preventiva recurriendo a algunos antecedentes históricos en los que venció primero. Y, ciertamente, la historia dice eso y también dice que las ocupaciones no han sido casi nunca bienvenidas, sino que los invadidos las han rechazado como una humillación.

De este modo, los ejércitos ocupantes asumen el papel de saqueadores codiciosos.

Washington, que se sorprende ahora porque la ocupación de Irak esté resultando tan complicada, debería recordar una de sus primeras aventuras exteriores. En 1898, Estados Unidos proclamó que estaba en guerra con España para liberar Cuba y Filipinas. Los estadounidenses construyeron carreteras y escuelas, pero eso no les libró de sufrir el furor nacionalista de los cubanos que antes habían dirigido contra los españoles. Por el contrario, en la Alemania que surgió tras la II Guerra Mundial, los militares norteamericanos actuaron con rapidez y sagacidad: estuvieron durante un periodo

de tiempo breve. Para el año 1949, los alemanes ya habían recuperado la soberanía bajo Adenauer.

La lección de la historia es que Estados Unidos no puede imponer un gobierno de larga duración en Bagdad. Ésta es una lección tanto para los políticos como para los analistas de prensa que intentan explicar los acontecimientos.

Esto nos lleva a otro aspecto de las relaciones historia-periodismo. ¿Para qué sirve hoy un periódico si la radio y la televisión informan de cualquier acontecimiento casi de forma inmediata? ¿Para qué quiero leer un día que, por ejemplo, palestinos e israelíes han alcanzado la paz si el día anterior ya vi en la pantalla a Ariel Sharon y Abu Mazen darse la mano?

Hasta hace poco tiempo informar era proporcionar la descripción precisa y veraz de un hecho, a la vez que contextualizar la noticia para que el lector pudiera comprender su significado profundo. Todo esto ha cambiado por la influencia de la televisión, que, para bien o para mal, hoy es dominante entre los medios de comunicación. Los telediarios han impuesto la fascinación por las imágenes en directo, por asistir en vivo a cualquier acontecimiento en cualquier rincón del planeta. De esta forma, la imagen de un hecho parece suficiente para darle todo su significado.

Muchos telespectadores aspiran a satisfacer el deseo de ver con sus propios ojos un acontecimiento y no tanto a comprender su importancia real y sus consecuencias. De ahí se establece, poco a poco, la engañosa ilusión de que ver es comprender, a pesar del peligro que ello conlleva de caer en el mayor simplismo. Como si la paz árabe-israelí se redujera al simple apretón de manos entre los dos líderes en el marco de la Casa Blanca.

La gran fuerza de penetración de la televisión hace cada vez más cierto aquello de que sólo existe lo que aparece en la pantalla: si no hay imágenes no hay noticia. Así, el drama del pueblo somalí sólo nació cuando un cámara loco recaló por accidente en Mogadiscio y rodó unas tomas que después dieron la vuelta al mundo. Igual daba que el hambre y la guerra estuvieran masacrando Somalia desde hacía tres años.

La televisión también ha impuesto el principio de la instantaneidad, del directo, al que sólo puede acceder ella misma y la radio.

Ante todos estos cambios, una parte de la prensa escrita intenta adaptarse al medio audiovisual reduciendo el tamaño de los artículos en beneficio de las fotografías, dando prioridad al sensacionalismo

o planteando la portada como si fuera una pantalla. Intentan competir desde los parámetros audiovisuales y olvidan así que su principal objetivo es informar, mientras que el de la televisión es distraer.

En el periodismo actual aumenta el peligro de que, fascinados por la forma, olvidemos el fondo. Craso error en un mundo que se ha vuelto más complejo desde que acabó el enfrentamiento bipolar y la economía se globaliza a marchas forzadas. Ahora más que nunca son necesarios los análisis amplios, abiertos y profundos para comprender lo que ocurre a nuestro alrededor. No cabe engañarse: resulta muy cómodo sentarse en el sillón para ver la televisión, pero estar bien informado exige un esfuerzo mayor. ¿O acaso alguien pensó que por ver las imágenes del famoso apretón de manos ya comprendía las causas profundas de 3000 años de enfrentamientos en Oriente Medio?

A mi entender, existe también otro vínculo estrecho entre historia y periodismo. Es el que surge cuando se plantea la posibilidad de escribir lo que el periodista e historiador Timothy Garton Ash ha llamado la historia del presente.

Parece obvio el decir que la historia trata del pasado: de los faraones egipcios, de Felipe el Hermoso, de la Gran Guerra o de cualquier otro asunto que ya no es presente. La historiografía consiste en libros que se basan en descubrimientos y nuevas interpretaciones surgidas después de años de rastreo y de estudio documental en archivos. Pero no siempre fue así. Desde la época de Tucídides hasta el siglo XVIII, el haber sido testigo ocular de los hechos descritos se consideraba una ventaja fundamental a la hora de escribir historia. Fue sólo con la aparición de la idea de progreso y la expansión de la filología crítica cuando los historiadores empezaron a pensar que los acontecimientos se entendían mejor cuanto más alejado estuviera uno de ellos.

En épocas recientes, no obstante, se ha agudizado la necesidad de testigos con mentalidad analítica que intenten buscar respuestas sobre el terreno a las preguntas sobre los orígenes y el desarrollo de los hechos. Si no hay testigos que se afanen en dar con las claves de lo que ven sus ojos, ¿en qué fuentes beberá el historiador en un futuro?

El periodista e historiador polaco Ryszard Kapuscinski, premio Príncipe de Asturias en 2003, mantiene en su libro *Los cínicos* no sirven para este oficio que todo periodista es un historiador porque su

trabajo conlleva investigar, explorar y describir la historia en su desarrollo.

Me gustaría citar el caso de un profesor aragonés que, a pesar de su juventud, es considerado como el mayor especialista español en el conflicto norirlandés, y el prestigioso *The Daily Telegraph* lo ha definido como la principal autoridad en el estudio comparado de Irlanda del Norte y el País Vasco.

Rogelio Alonso, que no es historiador sino periodista por formación, es uno de estos testigos que hacen historia. Para ello se instaló en 1994 en el interior del magma convulso que quería describir, Irlanda del Norte. Miles de conversaciones, cientos de entrevistas con los protagonistas, decenas de eventos, además de una amplia documentación, le han servido para ofrecer dos libros sobre la evolución histórica, las causas y las consecuencias del conflicto.

Con *La paz de Belfast*, publicado el año 2000, Rogelio Alonso sorprendió a todos los interesados en la política internacional. Le llovieron los elogios por ese libro-reportaje, fruto de seis años de vivencias y exploraciones.

El azar y la voluntad personal de hacer periodismo con mayúsculas le llevaron hasta Belfast en 1994, y ahí sigue. En estos años decisivos, con el arranque del proceso de paz, ha hablado con miles de personas en cada rincón de Irlanda del Norte, Dublín y Londres; ha entrevistado a los protagonistas de la guerra y también de la paz; ha asistido a los principales eventos, a actos protocolarios y a funerales; ha visto a gente ensangrentada después de sufrir un atentado y ha sido testigo de miles de lágrimas derramadas a causa del dolor. Por eso, el libro de Rogelio Alonso transpira vida. La obra ofrece todas las pistas para comprender lo que ocurre en ese enclave de Europa, pero sobre todo aporta el factor humano de quienes sufren desde siempre el zarpazo diario de la violencia.

Los 53 capítulos están llenos de memorias de los anónimos protagonistas de la historia. Un año después de la publicación de este primer libro, Rogelio Alonso quiso aproximarse más a la historia que al periodismo y presentó *Irlanda del Norte*. Una historia de guerra y la búsqueda de la paz. Para complementar su trabajo previo, quiso aportar toda la información al alcance del documentalista y tamizarla con la observación sobre el terreno.

Los periodistas norteamericanos que publican obras sobre los hechos recientes suelen referirse a ellas, con modestia, como el primer borrador de la historia. Esta apreciación implica que el segundo o el tercer borrador, éstos realizados ya por los especialistas, van

a ser siempre mejores porque dispondrán de más fuentes y una perspectiva más objetiva. Es posible que así sea en algunos casos, pero no en todos, porque el especialista no sabrá verdaderamente cómo fueron los hechos porque no los vivió: no podrá relatar qué aspecto y qué olor tenían los lugares, que sentía la gente, qué les inquietaba... Todo esto es lo que aportan los buenos periodistas.

Muchos artículos y crónicas y libros como *La paz de Belfast* son ejemplos sobresalientes de lo que el diplomático e historiador estadounidense George Kennan definía como la historia del presente: ese campo del trabajo literario, pequeño y poco visitado, en el que el periodismo, la historia y la literatura se unen.

